

# Homilía del Sr. Card. Mario Aurelio Poli en la Celebración de la Fiesta de San Cayetano

7 de agosto de 2017-Santuario de San Cayetano, Liniers

*San Cayetano, amigo de los trabajadores, danos paz, justicia e igualdad*

Lecturas: 1 Cor 13, 4-8; Salmo 131, 1-3; Lc. 21, 1-4

En la Fiesta de San Cayetano, la Palabra de Dios nos trae una enseñanza que tiene mucho que ver con nuestro Santuario.

Jesús no pierde la oportunidad de enseñar a sus discípulos los verdaderos valores de la religiosidad de su pueblo. Acostumbraba a ir al magnífico Templo de Jerusalén, el que había construido el Rey Salomón, y que el Señor consideraba la Casa de su Padre Dios; y por eso, con energía lo vimos una vez echar a los vendedores cambistas de monedas que se habían instalado en su interior, diciéndoles: «No hagan de la casa de mi Padre una casa de comercio». Jesús, desde chico tenía costumbre de ir a rezar al Templo, y mientras la gente piadosa también lo hacía, el Señor miraba las actitudes de unos y otros. Su mirada era profunda, no se quedaba con las apariencias. Jesús estaba sentado junto a la puerta mientras que la gente dejaba sus donaciones y vio que los ricos ponían limosna en abundancia, y una pobre viuda puso dos monedas de poco valor, pero que significaban «todo lo que poseía, todo lo que tenía para vivir». Lo dio todo.

La enseñanza que deja esta mirada de Jesús es obvia: la generosidad de una persona no se mide por la cantidad de la ofrenda; los ricos daban de lo que les sobraba, pero en cambio la pobre viuda dio de su indigencia, lo que tenía para vivir. Lo que Dios aprecia no es la cantidad de la donación, sino la actitud de desprendimiento y entrega. Cuánta gente da de su pobreza, privándose a veces de lo necesario, por cumplir una promesa después de recibir una gracia.

La historia silenciosa y cotidiana que se da en el interior del santuario de San Cayetano tiene muchos ejemplos como el que hoy escuchamos en el Evangelio. Ustedes saben bien, que la gente viene tanto a pedir como a agradecer las gracias recibidas. Esto ocurre masivamente todos los 7 y en especial este 7 de agosto, cuando hacemos memoria del día en que San Cayetano pasó a la comunión de los Santos del Cielo y Dios le concedió lo que él deseaba en su vida terrena: «Jamás dejaré de entregar lo mío a los pobres, hasta que no tenga ni un metro para mi tumba».

Me lo imagino al Señor con sus discípulos, mirando a los peregrinos que pasan frente al «Santito», después de horas de espera y de cola. Ya esa es una ofrenda grande a los ojos de Dios, porque hay una entrega de tiempo, cansancio, fe y oración. Luego algunos hacen ofrendas de ropa, víveres y también dinero. La generosidad de nuestro pueblo no tiene límites. Todos vienen a renovar la esperanza y la confianza en el «Santo de la providencia», como lo llamaba la Beata Mama Antula, a quien los argentinos le debemos esta devoción.

Los devotos de San Cayetano saben que aunque se cierran las puertas del corazón de los hombres que debieran dar empleo digno, el Santo del Pan y del Trabajo abre las puertas de su Santuario y nos muestra que la providencia de Dios siempre nos gana en generosidad y nos sorprende con su misericordia para con sus hijos, sin hacer distinción de personas, porque él hace salir el sol y la lluvia sobre justos y pecadores. Ninguno que

pide con fe lo que necesita, vuelve a su casa sin haber recibido las gracias para seguir caminando. Nadie mejor que ustedes, queridos peregrinos y amigos de San Cayetano, saben que hoy se renueva la esperanza. Los pobres y los humildes comprenden estas cosas y por eso están aquí, haciendo el sacrificio de horas de cola para encontrarse con el que sabe escuchar de veras.

Los argentinos solemos hablar y valorar los recursos naturales con los que el Dios Creador dotó a nuestro territorio –siempre hablamos de esto–; y muchos piensan que esa es la riqueza más importante del país. Pero hay que agregar que la verdadera riqueza de nuestro pueblo es la espiritual, la que nos hace solidarios con los demás, la que nos mantiene de pie ante las pruebas y postergaciones; con una fe y esperanza que no se quiebran ante las injusticias y humillaciones. Este es el tesoro que debemos cuidar porque de eso depende nuestro deseo de seguir adelante. Con la Misa y la comunión alimentamos ese don gratuito que nos ha dado el Padre de todos.

San Cayetano era un cura de su tiempo, preocupado por los pobres y también para que sus fieles conocieran cada vez más a Jesús, porque él enseñaba que sus promesas no defraudan, y por quien nos vienen todas las gracias del Cielo: «Lo repetiré hasta el cansancio –decía San Cayetano–, las obras exteriores no valen nada si no están bañadas por la sangre de Jesús, derramada por nosotros con ardiente amor».

Queridos amigos de San Cayetano, la intención de esta Misa es por ustedes y por todos los que hoy están al servicio en el Santuario: cientos de voluntarios, profesionales de la salud, religiosas, diáconos, seminaristas y curas. Todos deseamos que vuelvan a sus casas con la alegría de saber que San Cayetano, de parte de Dios, les concederá la gracia que vinieron a pedir. En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

✠Mario Aurelio Cardenal Poli